Querido Antonio:

Al llamarte por tu nombre tengo el mismo sentimiento

de pudor que me daría verte desnudo en un momento

en que tú no lo quisieras.

No quiero dar rodeos. He leído tu diario. Lo olvidaste.

También. Fue anoche, y no lo hice porque despertó

mi curiosidad y quise avanzar hasta el final, sino,

precisamente, porque es un cuaderno sin marcas de ninguna

clase. Reconocí que era algo tuyo lo abrí en el final.

¿Lo recuerdas? En tu poema de despedida, Antonio. Al ver

la disposición de las palabras pensé que era sólo eso:

un poema. Cuando avancé en la lectura me di cuenta de que

te dirigías a mí. ¿Por qué no lo enviaste? ¿Tenía derecho

a leerlo si iba dirigido a mí pero no me lo habías enviado?

¿Por qué te despediste en el poema y no lo hiciste en

la realidad?, querido decir, ¿por qué no quisiste cortar

los lazos en la realidad? ¿Con qué esperanza secreta te fuiste?

Ya después de ese poema no pude dejar tu cuaderno,

Antonio mío, porque eran las únicas palabras que podían

explicar algo, aunque fueran de adiós. Te pido disculpas

por haberlo hecho, y porque volvería a hacerlo. Estoy

un poco confundida. Necesito unos días; pero no podía

dejar de contarte.

Paloma